

Luz Machado de Arnao

Tiempo y obra de Teresa de la Parra (*)



ARA aquella época la ciudad de Caracas era todavía una ciudad adherida a las viejas fórmulas. Metida entre mantillas y rosarios, escondida tras de las celosías, curiosa y chismográfica como una beata de todos los tiempos, la ciudad estaba, además, sometida a la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Madrugaban los eternos madrugadores, barrenderos y lecheros, vendedores de arepa —pan de maíz criollo—, carboneros voceando el fuego desde la pacífica venta de sus sacos de piedra negra; curas, rezanderas y trasnochados, que ya no eran los primeros en despertar la ciudad sino en acostarla sin sueño y con embriaguez. Bajaban los vendedores ambulantes de frutas y legumbres, de flores venidas a lomo de burro desde el cerro de Calipán. Y la ciudad olorosa a trópico, se desperezaba entre neblinas y pregones. La gente mantuana se sumaba a la palpitación más tarde, cuando todo era ya equilibrio cotidiano. Se leía el diario de mayor importancia para el régimen y se recorrían con avidez las noticias de Europa, en ese empeño europeizante de las sociedades latinoamericanas de la

(*) Fragmento de una conferencia sobre "Novelistas Venezolanos", leída por su autora en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, el 12 de noviembre de 1954.

época (que en algunas no ha pasado todavía), reparándose en las novedades de allá para copiarlas, desde el primer modelo para las señoritas adineradas hasta el último *ismo* artístico o literario. Los pocos autos de los ricos recorrían las calles principales y en las exposiciones las señoras comentaban el más bello sombrero junto a la impasibilidad del marido en quiebra o ante la galantería del recién casado dispuesto a complacer los antojos de "la señora del reciente apellido". En la Plaza Bolívar llena de pequeños grupos charladores, mendigos y limpiabotas, salpicaban, unos con la inmovilidad del harapo, los otros, inquietos y correlones, el cuadro de verdor rumoroso de los samanes, las acacias, los chaguaramos, bajo cuya grata sombra se cambiaban impresiones sobre el General y la política, los estudiantes presos, o el último pecado de un compadre que satisfizo las insinuaciones del jefe vendiendo a precio irrisorio la extensión donde hubiera aparecido el oro negro del petróleo. De la catedral salían algunas rezagadas del último oficio de la misa, olorosas a incienso y con los ojos deslumbrados ante el esplendor solar de las diez. Era la Caracas de los techos rojos, la que cantara una vez nuestro poeta Pérez Bonalde, con sus palomares tranquilos entre los aleros de las viejas casas coloniales y sus claveles rojos y sus ramitos de albahaca o de angelón vendidos a las puertas de las antiguas iglesias. La Caracas que adormecían los versos de Andrés Mata, hechos para cantar mujeres desmayadas y pianos entreabiertos ante los que sollozaban, lunáticas y melancólicas, ellas, las hijas de una patria recién salida de la gran matriz hispánica, con todas sus pacaterías y remilgos y sus deslices de folletín, sus gentileshombres recién vestidos y la elegante indiferencia de los académicos y los millonarios que entre latinazos y campanilleos apagaban, egoístas y medrosos, cualquier flor de reciedumbre, cualquiera intrepidez, cualquiera rebeldía.

La sociedad, pues, estaba por una parte acotada por una tradición insobornable. Por la otra, reducida al vasallaje de la dictadura. Y en esa ciudad y entre esa gente, tenía que vivir Teresa de la Parra. Pero hagamos su biografía brevemente.

* * *

Ana Teresa Parra Sanojo —éste es su nombre verdadero—, nació en París el 5 de octubre de 1890, en la Avenida Wagram. Se formó en colegio español para señoritas, el del Sagrado Corazón, y a los pocos años de vida regresó con su familia a Caracas, saliendo nuevamente para Europa ya adolescente y regresando a Venezuela en 1911, a los 21 años. Su educación, pues, responde casi absolutamente a la fórmula europea. Pero su infancia y buena parte de su adolescencia transcurren en la hacienda de sus mayores, "Tazón", en plenos valles centrales venezolanos. (Esta vida del campo y sus peripecias son fielmente trazadas en su segundo libro, *Las Memorias de Mamá Blanca*).

Teresa ha crecido entre dos horizontes, el del viejo mundo y el americano, y en medio de cuyas dos luces se debatirá atormentada y bella, creación ella misma de una época, y de dos continentes que hubieron de espolear su sensibilidad hasta los límites del drama. En las disciplinas escolares, su cultura tuvo los matices que la educación de entonces requería. La profundidad le llegó por vía de la experiencia, padecida como hubo de padecerla a través de los caminos americanos y europeos recorridos. La frivolidad que la rodeaba y requería, la llevó a frecuentar salones criollos y parisinos "con su aire de marquesa española que se vistiera en París". Pero más de una vez, Teresa se escapaba a las terrazas, a las azoteas, a los jardines, a las bibliotecas de las casas donde estuviera formando parte de los invitados, y allí plantaba su señorío como una extraña flor altiva. Conocía bien los chismes porque los sufría, se enteraba sin querer de la envidia y de la calumnia, y buscaba el refugio de la intimidad para la charla entre los muy pocos amigos que ya la conocían vivaz y fina, donde la gracia hispánica saturada de la picante locuacidad criolla pescaba con talento y sobriedad únicos, muy difíciles de lograr al par, su conversación o su confidencia.

Así la rodearon sus amigos íntimos Rafael Carías y Carmen Elena de Las Casas, en la morada de cuyos abuelos comenzó a escribir su *Ifigenia* (*diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*).

Para la generalidad de las mujeres y hasta de los hombres de su época Teresa era un contrasentido. ¿Cómo podía ser literata una niña de tan noble cuna, que tenía a mano todos los dones de Dios y en sí misma las mejores y más envidiadas galas para recorrer las mismas sendas que sus compañeras de generación? ... No lo entendía la gente caraqueña. Y hurgaban aquí y allá y se solazaban en inventar anécdotas y formular juicios malignos y escocerla en todas las formas imaginables. La sociedad no traicionaba su estirpe. Ella era quien no estaba en su lugar. Pero en 1924 apareció *Ifigenia*, en París. Había concurrido a un certamen para autores americanos auspiciado por el Instituto Hispanoamericano de la Cultura Francesa y obtuvo el Primer Premio. Bendelac la editó y fué traducida inmediatamente por Marius André y por Madame Bucaut, luego. Francis de Miomandre, quien tradujo luego *Las Memorias de Mamá Blanca*, y Romain Rolland de quien fuera grande amiga, Gómez de la Serna y Miguel de Unamuno (rendido al encanto después de haber confesado que "debía ser insopportable leer una novela escrita por una señorita en 300 páginas"), le prodigaron su admiración y elogio. Teresa va y viene por todas partes.

Cuba la oyó hablar de las reivindicaciones femeninas en el más femenino de los lenguajes, sin complacencias con las fórmulas sufragistas muy en boga. Colombia la tuvo en corta visita en la misma casa donde murió el más grande hombre de su tiempo y de su Patria, conmovida no ante el brillo solar de las campañas de su recuerdo ni rendida en el vasallaje al genio y a la inmortalidad, sino estremecida por el hombre, por su estructura humana, por cuanto diera de sí en la doble aventura de la libertad y del amor. Las crónicas de ese tiempo escritas por Zea Uribe y por Luis Eduardo Nieto Caballero hablan de su fineza al plantear los

temas y de su decisión de realizar una obra sobre el Libertador sobre esos fundamentos que hasta entonces no habían preocupado mayormente a biógrafos ni a críticos. Teresa pensó ahí, en la casa de San Pedro Alejandrino, andando bajo los mismos árboles que cobijaron los amores de Bolívar y de Manuela Sáenz, escribir una interpretación "más íntima y confidencial" que ninguna otra. Y así dice a don Vicente Lecuna en una carta: "... más que el héroe, el apóstol, el Mesías y el mártir. Es esta faz entre las múltiples de Bolívar la que más excita mi fervor y la que más quisiera hacer resaltar. ¿No cree usted —pregunta al insigne bolivariano y amigo Lecuna— que hasta ahora lo han sacrificado a la otra, es decir, al héroe que despierta el entusiasmo más fácil pero que es quizá menos útil a nuestra generación moral? ... Bolívar apóstol, profeta, sacrificado por el individualismo de los demagogos, que anteponían sus mezquindades del momento al ideal eterno es el que más debe predicarse y difundirse..." Y con estas intenciones, yendo de Venezuela a Europa y salvando mares y tierras, Teresa de la Parra apuntó y recogió muchas páginas para el libro que no alcanzó a escribir e hizo las dos obras que le han dado fama.

Entretanto, Caracas la seguía como bestia curiosa e implacable. Y ella respondía con su labor y confiando a los amigos su intimidad atormentada: "... creo que la hostilidad de Caracas contra *Ifigenia* es debido a la envidia... y a la incomprendición de los moralistas de criterio estrecho. Hay muchísimo también de rivalidad de campanario. Afortunadamente yo trato de liberarme de todo eso. Si me hubiese dejado invadir por el resentimiento... estaría perdida" (*).

Pero Teresa de la Parra, cuya inquietud la lleva a viajar incansablemente, a conocer toda Francia, toda Italia, toda España, y que vuelve a su trópico buscando el sol, la luz, el calor amado, y mucho más amado cuando los compara con la frialdad melancólica de los lagos suizos, parecidos "a esas mujeres feas sin recuer-

(*) Carta a Rafael Carías.

dos ni remordimientos”, debe recogerse un buen día de febrero de 1932 en el Sanatorio de Leysin para tuberculosos. Desde allí escribe las cartas más dulces conocidas de mujer alguna en nuestro país. Allí nacen también sus *Memorias de Mamá Blanca*.

Un suave aire místico penetra su escritura y trasciende como el mismo halo de luz que la luna suelta sobre la nieve. Teresa contempla por el balcón abierto la novela y habla de “mi pobre animal de tierra caliente, expansivo y afectuoso que se encuentra espantado”. Y recuerda las noches de Caracas. Y piensa que según el diagnóstico la enfermedad pasará pronto, para regresar allá donde tiene amigos de quienes no ha recibido nunca decepciones y que son “como sombras queridas que ayudan a pasar estas horas de paz”... Allí pasa Teresa las horas más hondas de su vida de escritora. Lejos del mundanal ruido, siente que la tristeza ahí se “depura, se limpia”. Que “es la vulgaridad humana la que nos la ensucia allá en el mundo... por eso no quiero —dice— que me manchen mi tristeza pura, no veo a casi nadie en este Sanatorio donde no faltan fiestas ni reuniones. Debo tener fama de salvaje...”

Lejos está de ella la geometría y la metafísica de algún personaje de Mann. Aún más, declara su incompatibilidad con esos caracteres de *La Montaña Mágica* detenidos largo rato en lo exterior, cuando “bien podrían revelar cosas más íntimas y hermosas”. Sueña Teresa con su país de sol y de violencia, con su trópico donde la luz es insolente hasta desvanecer los contornos. Todavía, en enero de 1938, año de su muerte, que ocurrió en abril, piensa regresar a Caracas después de pasar por España. Pero el fin estaba demasiado cerca y nada le valieron sus pequeñas y jubilosas esperanzas vividas en las excursiones a la planicie de Laussanne. Y cuando al fin sale de Suiza creyéndose mejor en Madrid, un día, cuya humedad revelaba la cercanía de la primavera, muere, pidiendo: “una poquito de tierra”...

Aquella vida, hermosa, fugaz, inquieta, fué impresa en las dos obras de Teresa; *Ifigenia* y *Memorias de Mamá Blanca*, fuera

de eso, se le conocen los apuntes para *el Bolívar*, un cuento premiado en unos juegos florales de una ciudad de provincia, bajo el nombre de *La Mamá X* y los artículos que aparecían en "El Universal", de Caracas, sobre algunos temas. El resto, que no fué resto sino alimento poderoso, fué la experiencia de su propia vida.

El testimonio literario ha bastado para acreditarla entre su país y los demás pueblos de América y Europa, donde se la conoce, como la escritora más destacada de su época. Gabriela Mistral, quien la llama *grande y querida criatura*, alabó "la gracia y el donaire no visto en escritura mujeril desde que se nos murió Santa Teresa" . . . Y es que la Teresa criolla escribió simplemente, contó su peripecia, dió el dato de su vida, escueto y limpio. Y junto con él hizo la historia de una mujer excepcional y la de una ciudad todavía retardada en el deslumbramiento de la civilización.

Ifigenia es la novela intimista por excelencia. Todo el diario de la señorita que escribió porque se fastidiaba, está colmado de interesantes apuntes. La tragedia implacable y sorda que corre como un río subterráneo por las páginas del diario de María Basckirstchef, alcanza aquí una categoría estética. Bajo la apariencia de un amor cotidiano, con el rutinario sufrimiento de la mujer cuya familia la estrecha en sus cánones, y la rebeldía lógica de quien conoce más allá del suelo patrio, otros donde la mujer es más dueña de sí, se planta sentando cátedra de objeciones en mitad de la literatura, sin violencia, sin ambigüedades, sin libertinaje, en palpitable esencia trasmutada. La vieja sociedad en crisis se debate en esos planteamientos y el arrebato lírico no arrastra a la autora ni a los protagonistas más allá de ese peligroso límite en el que desaparece la capacidad de "adivinar al prójimo para anatomizar nuestra propia intimidad", como dice Ortega y Gasset. Sin incurrir en el pecado literario de una novela de tesis de reivindicaciones, Teresa ofrece natural y promisoriamente los primeros despuntes de cuanto será después vida real de la mujer venezolana. Por otra parte, el gran marco colorido de la ciudad y sus alrededores de especial encanto a la novela y ofrece el regocijo de unas costumbres

y unos acontecimientos de orden sentimental o urbano que hacen trascender el sentido total de aquellos días.

Las *Memorias de Mamá Blanca*, en cambio, son el relato de la niñez. Yo diría que el relato de la niñez venezolana hasta el primer cuarto de este siglo. Pues cuanto allí discurre ha sido testimonio exacto suyo. La vieja casona, el campo húmedo de fecundidad, las bestias domésticas, la peonada fiel, todo ese campo elemental y tierno que todo infancia conoce, aparece allí, donde la figura de *Blanca Nieves* traduce una vivacidad y una inquietud mucho más simbólica en sus reacciones que aquella del cuento extranjero.

Es difícil hallar entre la literatura hispanoamericana contemporánea, una escritura más fina, más viva, más tierna, con una articulación tan graciosa de personajes reveladores de dominio técnico, donde junto al tío grandilocuente y exterior aparece la bondad inefable de Mamá Blanca y el impulso vegetal y simple del peón, que se da como flor o como fruto, impasible.

Estas dos obras de nuestra primera novelista se complementan, si bien fueron escritas en tiempos dispares y las *Memorias* después de *Ifigenia*. Porque la niñez de estas memorias es la niñez de la Ifigenia que al fin, como en la clásica, es la víctima, aún cuando los factores concurrentes en cada una de las obras no sean los mismos. Con ambas comienza en nuestra novelística el análisis de lo psicológico, de lo íntimo, característica esencial de Teresa de la Parra en su papel de creadora de una forma literaria entre nosotros, de una época y de personajes que responden a los dominios espirituales.

Coincidimos con nuestro escritor Ramón Díaz Sánchez al calificar el drama de Teresa como un drama estético. Una sensibilidad como aquélla, colocada en límite justo donde había de comenzar a rasgarse la historia civil venezolana, fatalmente tenía que acender el dato precioso de un alma que bien puede ser el alma nacional en la acepción más entrañable y fina, más dulce y maternal que la Patria puede ofrecer.